

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS (A)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
11 de mayo de 2008

Goce el Señor con sus obras (Ps 103), cantaba el salmista. Lo repite hoy la Iglesia jubilosa por la plenitud pascual del Pentecostés. Y ¿de qué obra, hermanas y hermanos amados, se tiene que alegrar el Señor al contemplarla? La perspectiva que nos da la Pascua, nos permite ver la unidad de todo el plan de salvación que Dios ha preparado para el género humano, desde antes de la creación del mundo, cuando por amor nos escogió para que fuéramos santos, hasta la plenitud de los tiempos al final de la historia cuando la humanidad redimida, ya sin ninguna lágrima en los ojos (cf. Ap 21, 4), será alabanza de su gloria (cf. Ef 1, 4.14). Desde esta perspectiva, pues, que engloba el designio de la Sabiduría divina sobre la humanidad, nos damos cuenta de las grandes maravillas que Dios ha hecho y por las cuales se alegra.

Se alegra de la creación, que ha sido hecha por medio del que es la Palabra y es sostenida constantemente por el *aliento* divino que es el Espíritu; cuanto más la ciencia nos hace descubrir la inmensidad y la dinámica del universo, más maravilloso lo descubrimos, a pesar de la imperfección que tiene porque no es todavía el estadio definitivo. Dios se alegra, de forma parecida, de la encarnación del Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo; de su obra salvadora llevada a cabo por la fuerza del mismo Espíritu del cual Jesús tenía la plenitud; una obra de liberación llevada a cabo por medio de la predicación sanadora y de la cruz donadora de vida: si la creación es una obra admirable, la restauración de la humanidad por la obra de Jesucristo todavía lo es más. Dios se alegra, también, por la resurrección que culmina y garantiza toda la obra salvadora del Señor Jesús y es portador del Espíritu a la humanidad el cual en Pentecostés da nacimiento a la Iglesia. Se alegra, todavía, de la elección y la santificación de cada uno de nosotros, insertados por el Espíritu en la vida del Dios Trinidad. Se alegra de encontrarnos cuando nos hemos alejado y poder ofrecernos por la acción del Espíritu el perdón de los pecados. El Padre se alegra con el Hijo y el Espíritu Santo con una alegría inefable en la unidad divina y en el don de la gracia que derrama abundantemente para que los seres humanos podamos participar de ella.

El Señor se alegra contemplando lo que ha hecho. Y al ver que todo *lo que ha hecho* el Señor es en favor de la humanidad, la alegría también es nuestra: los cristianos nos alegramos contemplando lo que el Señor ha hecho. Y damos gracias. Porque nosotros no podemos ser nunca la causa de nuestra alegría profunda, limitados y pecadores como somos. Sólo lo puede ser la obra que Dios lleva a cabo en nosotros gracias al Espíritu, que nos hace presente Jesucristo resucitado y nos va transformando por dentro para hacernos nuevas criaturas semejantes a Cristo, viviendo la novedad del Evangelio. Dios y su obra salvadora son la causa de nuestra alegría y, también, de nuestra esperanza.

Hoy, pues, es día de gozo profundo porque, celebrando la coronación de los dones pascales con la venida del Espíritu, celebramos su presencia en la Iglesia y en cada cristiano; una presencia que da testimonio de Jesucristo y transforma el mundo para ir llevándolo hacia la plenitud hacia la cual se encamina la obra de la creación y la de la redención del mal. El Espíritu Santo nos trabaja por dentro para liberarnos de lo que nos agobia; además, da testimonio de Jesucristo en nuestro interior iluminándonos para que crezcamos más y más en el conocimiento de Jesucristo y podamos vivir más de acuerdo con su Palabra hasta ser semejantes a él. El Espíritu, por otra parte, nos vigoriza para que podamos dar con firmeza testimonio de Jesucristo en nuestra sociedad y aportar los valores del Evangelio. *Goce el Señor con sus obras*, sí. Y que se alegre, también, la Iglesia contemplando lo que el Señor ha hecho y hace cada día

a favor de ella. Que se alegre esta asamblea y cada uno de sus miembros. Alegrémonos con aquel gozo que es fruto del Espíritu Santo y pacifica el corazón.

Sin embargo, este gozo por las obras del Espíritu se tiene que transformar en más caridad, en una mayor capacidad de amar. Porque, tal como nos decía la segunda lectura, *en cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común*, es decir, es para la armonía y el buen funcionamiento del cuerpo de Cristo que es la Iglesia y al cual nos hemos incorporado por el bautismo en un solo Espíritu. Y es para el bien de toda la humanidad. Efectivamente, es el Espíritu quien nos une, quien nos impulsa a amar todo haciéndonos descubrir al Cristo presente en cada ser humano y llevándonos a servirnos mutuamente. Este amor que se hace servicio abnegado es la clave de nuestro testimonio. En la sociedad actual, los que miran a los cristianos desde fuera de la Iglesia tendrían que poder decir de nosotros: mirad cómo aman y están dispuestos a dar la vida y a gastar el tiempo por los otros (cf. Tertuliano, *Apologeticum*, 29, 7). Sólo el amor podrá ser, para nuestros contemporáneos, un signo válido del Evangelio y un testimonio creíble de Jesucristo. Este amor tiene que llevar al deseo sincero de diálogo para construir la sociedad en la verdad y el respeto.

El amor de caridad y el gozo son dos frutos del Espíritu inseparables. Y son inseparables, también, de la Eucaristía que ahora celebramos bajo la acción del mismo Espíritu Santo. Efectivamente, el Espíritu que ha descendido sobre la palabra bíblica escrita para hacerla Palabra de vida en Cristo, ahora descenderá sobre el pan y el vino para convertirlos en el Cuerpo y la Sangre del Señor resucitado y hacerlos alimento espiritual para nosotros. Y antes de recibirlos, pediremos que el Espíritu descienda sobre nuestra asamblea para que armónicamente unidos por el amor fraterno formemos el cuerpo eclesial de Cristo, el cual es también fruto de la acción del Espíritu Santo que "santificar todas las cosas, llevando a la plenitud su obra en el mundo" (cf. Plegaria Eucarística IV).

Goce el Señor con sus obras. Y así como se complace en sus obras, que le sea agradable nuestra ofrenda eucarística y la actitud de nuestro corazón. De esta manera, él nos mirará complacido y nosotros nos sentiremos llenos de alegría, como los discípulos del evangelio, al contemplar con los ojos de la fe al Señor presente en medio nuestro.